

LA TEORÍA COMO FICCIÓN. FREUD Y GRODDECK.

Maud Mannoni (*)

PROLEGÓMENOS.

Antes que él, Groddeck (en 1925) intentó -en vano- arrancar la teoría psicoanalítica (esta fantasía del ello) de la institucionalización, de la que corría el riesgo de convertirse en objeto. (pp. 16)

El movimiento psicoanalítico y sus desviaciones

“Quien admita que la transferencia y la resistencia son los ejes del tratamiento, pertenece sin más a la horda salvaje. Y aunque llame “ello” al inconsciente, esto no cambia las cosas.”¹

De esta forma se expresaba Freud, el 5 de junio de 1917, en respuesta a una carta del 27 de mayo, en la que Groddeck le comunicaba el camino andado en su propio descubrimiento del inconsciente. Descubrimiento que, para Groddeck, había supuesto resistencias, puesto que en 1913 publicó un libro² en el que atacaba violentamente el psicoanálisis. Lo consideraba peligroso. De hecho, fue una paciente, la señorita G., quien, en 1909, le obligó a darse cuenta de la realidad del inconsciente. Ella fue la que le llevó al estudio de Freud (*La interpretación de los sueños y Psicopatología de la vida cotidiana*). En su carta a Freud, Groddeck se pregunta si podía permitirse el convertirse en psicoanalista profesional. Sin embargo, según dejaba entender, aunque había sido capaz de desarrollar las ideas de Freud, no renunciaba por ello al montaje fantasmático que constituían las referencias de su propia teoría (teoría consistente en su propia experiencia vivida del inconsciente). Groddeck añadía en su carta una pequeña consideración: “Utilizo el término “tratamiento” porque considero que la actividad del médico no va más allá del tratamiento. No se ocupa de la “curación”, esto lo hace el ello”.³ (Se trata de la oposición clásica: *curare-sanare, to cure-to heal*, etc.) En definitiva, parecía querer decir Groddeck, el paciente es quien lleva a cabo su psicoanálisis. Y es él también el autor de la curación o el que la obstaculiza. (pp. 23 – 24)

Dice Groddeck:⁴

El psicoanálisis es un asunto que afecta a todo el mundo; y querer encerrarlo en el estrecho círculo de la Asociación es una pretensión que clama venganza ... Si la Asociación Psicoanalítica quiere mantener su importancia, o mejor, si quiere reconquistar la, tiene que renunciar -como el Concilio de Trento o las Confesiones de Augsburgo- a establecer artículos de fe, a dictaminar con soberbia, a hacer el papel de comisión examinadora. Tiene ante sí una tarea más elevada, la de explorar, dudar y explorar de nuevo. Está en su derecho al escoger a sus miembros, pero pretender que es la única que posee la salvación, es como mínimo imprudente ... Éste es médico, se siente médico y sus enfermos lo ven también como médico; y ese otro es psicoanalista y se siente experto en las resistencias y la transferencia y la gente va a verle para hacerse psicoanalizar y tratar sus resistencias y transferencias; y esto no tiene nada que ver con pertenecer a la Asociación Psicoanalítica.

Más adelante, Groddeck recuerda que los miembros más eminentes de la Asociación Psicoanalítica (y entre ellos, su jefe espiritual) no han sido psicoanalizados. Que la Asociación considere entonces como “psicoanalistas salvajes” a los que no están inscritos en sus listas significa -dice- reírse de la gente (o mejor,

según sus propias palabras, significa que “la Asociación Psicoanalítica se ríe de sí misma”)

La intervención de Groddeck se refiere, en este caso, a las desastrosas consecuencias de la oficialización del movimiento psicoanalítico. La Asociación, a partir de 1925, está al servicio de una élite y de los médicos, es decir, de los que desean mantener el monopolio del análisis. ¿Qué garantía puede, entonces, ofrecer una institución cuando existen psicoanalistas (alguno de los cuales son gente notoria) que no están protegidos contra determinados pasos al acto, relacionados a los fallos de su propio mundo no psicoanalizable? Porque, efectivamente, el psicoanálisis no evita la persistencia de un “resto” no psicoanalizable. Lo que se denomina “herencia psicoanalítica” ¿no será una marca dejada por los fallos? Ferenczi recuerda (1924)⁵ que es necesaria una constante corrección de la teoría con nuevos conocimientos aportados por la práctica. El peligro de las instituciones psicoanalíticas es la rigidez de la teoría encerrada en un cuerpo de doctrina inmutable, que sólo permite a los alumnos una simple re-producción. (pp. 27-28)

Originalidad y reconocimiento

[Freud] Escribe a Groddeck:⁶

Si está tan seguro del carácter autónomo de sus descubrimientos, ¿por qué pretende seguir reivindicando la originalidad? Por otra parte, ¿puede usted estar seguro en este punto? Probablemente usted es diez, quince o incluso veinte años más joven que yo [1856], ¿no puede suceder que usted haya absorbido las ideas maestras del psicoanálisis de una forma criptomnésica? ¿De la misma forma que yo podría explicar mi propia originalidad? De todas formas, ¿para qué luchar por la prioridad contra una generación precedente?

Las desviaciones de sus alumnos contribuyen a los trabajos de Freud. Sin Jung, como recuerda F. Roustang, no habría escrito *Tótem y tabú* ni *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, sin Rank, no habría escrito *Inhibición, síntoma y angustia*, y los desarrollos de un Ferenczi le impulsaron a escribir *Análisis terminable e interminable*⁷. Respecto a los trabajos de Abraham, como hemos visto anteriormente, fueron simplemente incorporados a su propia teoría (Melanie Klein es quien se beneficia de la deuda de Abraham, razón por la que Freud siempre desconfió de ella...). En *El ello y el yo* de Groddeck, según Roustang no se sabe quién le dio un hijo a quien, entre Freud y Groddeck. En cualquier caso, Freud no se reconoce en absoluto en él. Sin embargo, Freud convirtió el ello (que pertenece a todo el mundo y a nadie), en algo sustancioso: “Su libro -escribe Freud a Groddeck (25 de marzo de 1923)- apoya el importante punto de vista teórico que yo adopté en mi libro *El yo y el ello*, a punto de publicarse”.⁸

Esta carta pone a Groddeck en una situación incómoda. El 15 de mayo de 1923⁹ escribe a su mujer: “*El yo y el ello* es muy agradable, pero en mi opinión no tiene ningún alcance. En el fondo, es un libro que sirve para apropiarse en secreto de lo que ha tomado de Stekel y de mí... Lo constructivo de mi concepción sobre el ello lo deja a un lado, probablemente para introducirlo de contrabando la próxima vez”.

El *Libro del Ello* es el producto de cuatro años de correspondencia con Freud. Groddeck, bajo la apariencia de la ficción, expone en él su propia terapéutica. Al hombre edípico, opone el perverso polimorfo y a la ley del padre, un lenguaje matricial (propio de Rabelais), todo ello escrito con locuacidad y gracia. Pero, entonces, ¿por qué tenía Groddeck la necesidad de la etiqueta freudiana? Al principio, se mantuvo al margen del campo de los discípulos. Su obra, a partir de elementos adoptados de Freud, hace brotar descubrimientos, algunos de los cuales son anticipaciones de los futuros trabajos de Freud. Su teorización se elaboró y tomó cuerpo por medio de su correspondencia con Freud. La teorización, en un determinado momento, forma parte integrante del propio proceso psicoanalítico y lo que se produce en este momento, en un registro de verdad, sólo puede mantener su aspecto psicoanalítico si se afirma por medio de una diferencia (susceptible de alimentar el cuerpo teórico freudiano). En este sentido Groddeck da a entender que se siente utilizado o robado, pero, ¿no se siente también “traicionado” Freud por una producción que no le reproduce? Y ¿no es para responder a las acusaciones (o proyecciones) de robar ideas que Freud, en la *Historia del movimiento psicoanalítico*, escribe más tarde que la teoría psicoanalítica y la causa freudiana son separables de la

persona de Freud, de las que no es más que el *representante* y no el autor? Lo que indica, al propio tiempo, que nadie es el poseedor del campo del otro. (p 32 – 33)

Filiación.

La primera sociedad de psicoanálisis, como hemos visto, se creó en Berlín en 1910 (algunos años más tarde encontramos en ella los nombres de Franz Alexander, Michael Balint, Abraham, Thérèse Benedeck, Siegfried Bernfeld, Hélène Deutsch, Max Eitingon, Otto Fenichel, Robert Fliess, Erich Fromm, Frieda Fromm-Reichmann, Ángel Garma, Georg Groddeck, Karen Horney, Edith Jacobson, Melanie Klein, Jeanne Lampl de Groot, Sandor Rado, Annie Reich, Wilhelm Reich, Theodor Reik, Hanns Sachs, Melitta Schmideberg, René Spitz...).¹⁰ En 1920 se crea además un Instituto de Formación y Terapéutica. (pp. 92)

FREUD Y GRODDECK

Freud estableció con acierto que el psicoanalista no puede ocupar una posición de autoridad en su relación con el paciente. Aunque en otros momentos, es cierto que asimila el psicoanálisis a una especie de “reeducación”,¹¹ que puede enseñar al paciente el arte de vencer las resistencias interiores. Y será esta dimensión pedagógica la que tendrán en cuenta los americanos, con los malentendidos que ya conocemos. La maestría de que hace prueba en sus escritos de *Metapsicología* (1915), consiguió convencer a sus colegas (neurólogos y psiquiatras) de la seriedad y lo acertado de las posiciones freudianas (efectivamente, ¿hay algo más serio que la sustitución por una metapsicología de los tratados de neurología?), pero no afectó apenas a Groddeck, quien no dudó en asimilar, con razón, la construcción freudiana -en su presentación científica- a una *maquinaria del engaño* creada por el ello; ¡una broma del ello que se toma científicamente en serio!¹². Cuando escribió a Freud dándole cuenta de sus dudas y de sus resistencias, al tiempo que situaba los ejes de su experiencia (la transferencia y el ello), Freud no dudó en contestarle inmediatamente: “*Ud. Es un psicoanalista*”. “El que reconoce que la transferencia y la resistencia son los ejes del tratamiento -escribía Freud¹³-, pertenece sin salida posible a la horda salvaje. Y aunque llame ello al inconsciente, no hay ninguna diferencia.” Lo que importaba, según Freud, no eran las notas del “buen alumno” sino el estado de gracia del que era capaz de hacer brotar de la historia clínica (del paciente) una verdad (reprimida o forcluida). Freud, aunque manifestara algunas reservas frente a las teorías de Groddeck, le defendía y escribió, por ejemplo, a Pfister: “Defiendo enérgicamente a Groddeck contra su respetabilidad. ¿Qué habría dicho usted si hubiera sido contemporáneo de Rabelais?”¹⁴. Pfister no se equivocaba al responder: “El espíritu que le lleva a apoyar a C es exactamente el que hace de usted el inventor y el pionero del psicoanálisis”.

Sin embargo, la aportación de Groddeck no implicaba la voluntad de cambiar la enfermedad, sino que más bien consistía en modificar la actitud del hombre frente a la enfermedad (considerada como una vuelta a la infancia). En su opinión, el adulto que se considera como tal se niega la utilización del potencial de creación y de juego que está en la frontera entre lo patológico y la salud. Restaurar el verbo, proseguir la conversación con lo que está vivo, allí donde se manifiestan paros, bloqueos o “enfermedades” era la perspectiva de Groddeck, que quería separar la fantasía de la respetabilidad (y de lo que Winnicott llamará el *falso “self”*, o sea el adulto “enfermo” de considerarse un adulto). “En mi opinión -escribía también Groddeck a Ferenczi-¹⁵, el principal psicoanalista es la propia vida, y lo que hacemos los médicos en general es una presunción ridícula”.

Cuando se trata de psicóticos, el psicoanalista demasiado a menudo acaba apoyando a la institución psiquiátrica. Ocultando la historia, olvida entonces la constancia de las rutinas psiquiátricas a través de los siglos (rutinas que en general se han instituido a partir de una práctica basada en un hecho singular)¹⁶. El psicoanalista, al utilizar en su enseñanza las referencias de la psiquiatría (hasta el punto de competir con ella, en particular a nivel del “afinamiento en el diagnóstico”) refuerza las instituciones psiquiátrica y docente. El discurso teórico existente entonces tiene cómo única función el mantenimiento de estas instituciones y hay que subrayar que, en este caso, la psiquiatría utiliza al psicoanálisis, aunque el que la utilice se haga llamar psicoanalista.

Se requería la libertad de espíritu de Groddeck para enfrentarse al mismo tiempo a la respetabilidad del falso “self” del profesor y a las instituciones. Escribe:¹⁷

¿No se explica al estudiante en todas partes, en la enseñanza y el ejemplo, que los enfermos sólo sirven para el enriquecimiento del saber? ¿No nos enfrentamos en todas partes con la creencia de que la ciencia es un fin en sí misma? Toda nuestra cultura y educación moderna no culminan, acaso, en la proposición de que los enfermos están al servicio de la ciencia y no a la inversa? La universidad se ha convertido en una cantera donde se edifica este templo idólatra; ha dejado de ser un lugar de formación para los médicos. ¡Y esto tiene que cambiar! ... El lugar del médico está en la sala de enfermos y no en la cocina química.

Podríamos añadir que el lugar de los psicoanalistas está *fuera de toda institución* (docente u hospitalaria), al lado de los pacientes (lo que no quiere decir que el psicoanalista tenga que perderse en la “locura” del otro). Vemos, pues, que Groddeck quiere sensibilizarnos respecto a un problema ético, al señalar el punto clave¹⁸ que más tarde Winnicott seguirá elaborando: o bien la “curación” tiene lugar gracias a la creación de un espacio materno, o bien la disciplina paterna se convierte en un instrumento de “normalización”. Lo que, en este caso, está en cuestión en una determinada práctica del psicoanálisis, no es ciertamente el peligro que constituye la “sujeción a lo simbólico” por parte del psicoanalista y de su paciente, sino el achatamiento de este concepto en el marco de un ejercicio perverso del poder, por parte del psicoanalista; en este campo, ya no le queda ninguna razón para vivir al paciente, a quien la institución convierte en víctima de suicidio.

Groddeck quiso rehabilitar lo imaginario; en este sentido sigue siendo actual, porque se ha acabado confundiendo lo imaginario y lo especular, excluyendo al mismo tiempo la poesía, permaneciendo sordos a la palabra del psicótico, al que no se deja otra alternativa de expresión que el paso al acto de violencia, de una violencia que revela la de los que “le curan”, mucho peor, y que se han hecho, en la etapa actual del psicoanálisis, sordos y mudos respecto a sus pacientes.

Groddeck sigue diciendo:

Cuanto más enfermos trato, más arraiga en mí la convicción de que el médico sólo contribuye en una parte ínfima en la curación de sus pacientes; el enfermo se cura a sí mismo y el deber del médico, tanto del *psicoanalista* como de los demás, consiste en adivinar el engaño que utiliza el Ello momentáneamente para poder seguir enfermo. Porque es un error creer que el enfermo acude al médico para curarse. Sólo hay una parte de su Ello que está dispuesta a curarse; la otra se empeña en la enfermedad y busca de forma solapada la ocasión de *obligar al médico a perjudicarlo*.¹⁹

A través de su risa, Groddeck resucita *nuestra infancia*, que nos ha abandonado. Después de todo, ¿no es esta risa también una enseñanza? Porque ¿cómo se puede ser psicoanalista si ya no se puede comunicar con la infancia y la locura que hay en uno mismo?

(*) Maud Mannoni (1923-1998) psicoanalista francesa de origen neerlandés, especialista en clínica psicoanalítica con niños y criminología. Discípula de F. Dolto y de J. Lacan e integrante de la Escuela Freudiana de París, realizó su tesis de Estado ante un jurado compuesto por Julia Kristeva; Pierre Fedida, Pierre Kaufmann, Lucien Israel y Jean Oury, la que después sería el libro: *El síntoma y el saber*. Ha escrito entre otros: *El niño retrasado y su madre* (1964), *El psiquiatra, su “locura” y el psicoanálisis* (1970) y *De un imposible a otro* (1982). Fue fundadora hacia finales de la década del '60 de la Escuela Experimental de Bonneuil y se le considera una figura destacada de la psicología, el psicoanálisis, y el pensamiento lacaniano en Francia.

Nota: El presente trabajo está realizado en base a diferentes segmentos del libro de la misma autora “LA TEORÍA COMO FICCIÓN” siendo la parte mayor correspondiente a parte del cap. 5: Freud, los psicoanalistas y la psicosis, específicamente del apartado titulado Freud y Groddeck, pp. 136-140, Editorial Crítica del Grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1979, Traducción castellana de Marga Latorre.

Volver a Artículos sobre Georg Groddeck
Volver a Newsletter-23-ALSF-ex-77

Notas al final

- 1.- Georg Groddeck, *La maladie, Vari et le symbole*, Gallimard, París, p. 14.
- 2.- Georg Groddeck, *Nasamecu (natura sanat, medicus curat)*, Hirzel, Leipzig, 1913.
- 3.- G. Groddeck, *La maladie, Vari et le symbole*, p. 14.
- 4.- G. Groddeck, *La maladie, l'art et le symbole*, p. 92.
- 5.- S Ferenczi, «Perspectives de la psychanalyse», en *La Psychanalyse*, Payot, París, 1974, t. TU, 235.
- 6.- Carta de Freud a Groddeck del 5-VI-1917, en *Correspondance*.
- 7.- F Roustang. *Un destin si funeste*, Ed. de Minuit, París, 1977, p. 23.
- 8.- S. Freud, *Correspondance*, p. 373.
- 9.- *Der Mensch und sein Es*, Leines Verlag, Wiesbaden, 1970, p. 103; citado por F. Roustang en *Un destin si funeste*, p. 158.
- 10.- Christina von Braun, «En Allemagne: une psychanalyse reconnue "d'utilité publique"», en *Critique* (febrero 1975), pp. 130-147.
- 11.- S. Freud, *Technique psychanalytique*, p. 21.
- 12.- G. Groddeck, *Ça et moi*, Gallimard, París, prefacio de F. Gantheret, p. 17.
- 13.- G. Groddeck, *La maladie, l'art et le symbole*, prefacio de R. Lewinter, p. 14.
- 14.- *Correspondance S. Freud/Pfister*, Gallimard, París, p. 126 (carta del 4-II-1921).
- 15.- G. Groddeck, *Ça et moi*, p. 185.
- 16.- Así, el nieto de Jan Baptist van Helmont (1577-1644) funda la hidroterapia, recordando un día la observación de su famoso abuelo: uno de los enfermos de éste se encontró mejor después de un accidente en el que estuvo a punto de morir ahogado. En 1690, Franciscus Mercurius van Helmont convirtió la experiencia en una aplicación sistemática: los pacientes, atados, eran suspendidos por los pies a una cuerda que pasaba por una polea. Se les sumergía en el agua, con la cabeza hacia abajo, hasta que perdían el conocimiento, luego se les hacía volver en sí introduciéndoles un cuchillo puntiagudo en el ano "para que evacuaran el agua" (se creía que el agua ingerida era la causa de la muerte por ahogo). Los muertos eran tan numerosos en esta época, que se requirió la autorización de un magistrado para continuar la aplicación del "tratamiento". Este procedimiento terapéutico sufrió variaciones diversas con el tiempo. Brierre du Boismort (1789-1881) lo utilizó durante un "tratamiento moral" para convencer a los pacientes que ofrecían demasiada resistencia. En el siglo XIX, en Viena, el tratamiento se había suavizado, hasta el punto de que Freud pudo elogiar la eficacia de las enfermeras en la relación que establecían con el paciente durante el baño. (Cf. Richard Hunter, *Ida Macalpine, Three hundred years of psychiatry.*)
- 17.- G. Groddeck, *Ça et moi*, p. 155.
- 18.- *Ibid.*, prefacio de R. Lewinter, p. 31.
- 19.- G. Groddeck, *Le livre du Ça*, Gallimard, París, p. 308.